

Wittgenstein: iconicidad en el lenguaje y «experiencia del significado»

Wittgenstein: Iconicity in Language and «Experience of Meaning»

CAROLINA SCOTTO

Recibido: 3-Septiembre-2017 | Aceptado: 20-Diciembre-2017 | Publicado: 22-Diciembre-2017

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2017

Frente a la casi unánime aceptación de la tesis de la arbitrariedad del signo, es posible defender, sobre la base de estudios recientes de la lingüística cognitiva, la tesis de la importancia relativa de la iconicidad en los lenguajes naturales. Diversas manifestaciones del fenómeno icónico conocido como ‘simbolismo sonoro’ fortalecen además la adecuación de un enfoque multimodal del lenguaje, diferente al prevalente tanto en la lingüística como en la filosofía analítica del lenguaje. En este trabajo me propongo mostrar que Wittgenstein identificó correctamente estos fenómenos icónicos y multimodales como casos de «experiencia del significado» y que sus investigaciones son compatibles con los resultados mencionados de la lingüística cognitiva.

Iconicidad · Simbolismo Sonoro · Sinestesia
Lingüística · Experiencia de Significado ·
Wittgenstein.

Facing the almost unanimous acceptance of the arbitrariness of linguistic sign thesis, it is possible, relying on recent cognitive linguistic research, to argue for the relative importance of iconicity in natural languages. Different expressions of the iconic phenomenon known as ‘sound symbolism’, moreover, strengthen a multimodal approach to language, in opposition to the prevalent view in linguistics as well as in the analytic philosophy of language. In this paper, my aim is to show that Wittgenstein has correctly identified these iconic and multimodal phenomena as cases of «experience of meaning» and that his investigations are compatible with the mentioned empirical results.

Iconicity · Sound Symbolism · Linguistic
Synaesthesia · Experience of Meaning ·
Wittgenstein.

C. Scotto (✉)

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
email: carolinascotto@gmail.com



Wittgenstein: iconicidad en el lenguaje y «experiencia del significado»

CAROLINA SCOTTO

EN UN CONOCIDO ENSAYO DE *Otras Inquisiciones* (1952), Borges se ocupa de «El idioma analítico de John Wilkins»¹. En él describe uno de los muchos proyectos de un lenguaje universal «donde cada palabra se define a sí misma», porque está compuesta de elementos no arbitrarios: cada grupo de letras, e incluso las vocales y las consonantes, reflejan un sistema de categorías, especies y sub-especies a las que las palabras nombran. Esta lengua perfecta, artificial pero no arbitraria, sería una «enciclopedia secreta sobre el universo». Borges expresa su admiración por el ingenio de Wilkins al imaginar que las palabras pudieran contener información sobre lo que representan de un modo que nuestros «torpes símbolos arbitrarios» no pueden. Por otra parte, Borges se interesó por la antigua doctrina sobre la esencia cifrada en el nombre que discutió Platón en el *Crátilo*. Así lo refleja la primera estrofa de su poema «El Golem» (1958):

Si (como el griego afirma en el *Cratilo*)

El nombre es arquetipo de la cosa,

En las letras de *rosa* está la rosa

Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.

En este trabajo me quiero ocupar de una versión de la idea de Wilkins, aunque desprendida de la utopía de un lenguaje analítico perfecto, isomórfico con el universo, y de una versión de la idea de Crátilo, que letras y palabras puedan ser «arquetipos de las cosas», pero sin los compromisos metafísicos que entrañaba para Platón. Mi propósito es volver a explorar la vieja idea que las palabras pueden contener o «reflejar» directamente su significado, guiada por una

¹*Essay towards a Real Character, and a Philosophical Language* (1668).

motivación en parte afín a la de Borges, y a la de tantos otros poetas: el influjo o la fascinación que ejercen ciertas palabras de nuestra propia lengua, más allá de su evidente utilidad y que tiene, al parecer, más que ver con la naturaleza de las cosas (incluida la nuestra) que con los caprichos de la invención humana. Se trata de una de las razones por las que, como intentaré mostrar, también Wittgenstein se aproximó al fenómeno.

Procederé del siguiente modo: en primer lugar, contrastaré el ‘paradigma ortodoxo’ acerca del lenguaje, entre cuyos pilares se cuenta la tesis saussuriana de la arbitrariedad del signo lingüístico, con el así llamado «enfoque multimodal del lenguaje» que, por el contrario, hace lugar a sus propiedades icónicas. Después de señalar, brevemente, los antecedentes histórico-filosóficos en Platón y Peirce de la iconicidad en el lenguaje, reconstruiré los principales resultados de las investigaciones lingüístico-cognitivas recientes que ponen de relieve las características, diversas manifestaciones e importancia del ‘simbolismo sonoro’ y de la ‘sinestesia lingüística’ como un sub-tipo de éste. Sobre esas bases, analizaré las observaciones de Wittgenstein acerca de los rasgos icónicos y los fenómenos perceptuales y afectivos de nuestra experiencia multimodal con las palabras habladas y escritas de la propia lengua. La interpretación que propondré acerca de la importancia de esta ‘fenomenología del significado’² en los escritos tardíos de Wittgenstein, no sólo puede conciliarse con su visión del significado como uso y del lenguaje como una «caja de herramientas» -que pareciera admitir sólo vínculos funcionales entre los signos lingüísticos y los significados-, sino que abona, junto a ella, una visión del lenguaje en claro contraste con la ofrecida por el paradigma ortodoxo. Mi propósito, en este punto, será doble: proponer una visión más sofisticada acerca del lenguaje y el significado que la que suele atribuirse a Wittgenstein, y, más allá de Wittgenstein, estimular una mayor confluencia e incluso complementariedad entre la lingüística cognitiva, en su vertiente no ortodoxa, y la filosofía analítica del lenguaje, en su vertiente no semántico-formal clásica.

§1. El paradigma ortodoxo y los enfoques basados en el uso

Destacados especialistas en lingüística y psicología cognitiva han señalado algunos sesgos o «lentes estrechos» (Goldin-Meadow 2014) que afectaron la

² En la obra tardía de Wittgenstein ‘fenomenología’ es el examen de las conexiones conceptuales o de la ‘gramática’ de los conceptos del lenguaje ordinario (cfr. EM, pp. 423-427). Lo empleamos aquí para referirnos a la ‘gramática’ del concepto de ‘significado’ (cfr. Monck 2014).

caracterización del objeto de estudio de la lingüística en el paradigma dominante en el siglo pasado, que podría denominarse «ortodoxo»³. Ellos también estrecharon la visión de la primera filosofía analítica del lenguaje desde sus inicios⁴. Uno de esos sesgos fue tomar como muestra del objeto de estudio algún lenguaje indo-europeo, especialmente el inglés (Evans y Levinson 2009; Vigliocco et al. 2014), sin prestar adecuada atención al estudio comparado de diversas familias de lenguas. El creciente desarrollo de la lingüística comparada y la conciencia de la importancia de la diversidad lingüística para las ciencias cognitivas (Evans y Levinson 2009), así como la disponibilidad de sistemas de registro cada vez más sofisticados y bases de datos lingüísticos de gran escala (Christiansen y Monaghan 2015), contribuyeron a modificar la imagen de las lenguas naturales que apoyaba algunas idealizaciones de la lingüística teórica. Otro sesgo importante fue la caracterización del objeto de estudio ('el lenguaje', no las lenguas) como un sistema formal, estructurado y auto-contenido, compuesto por reglas y símbolos, cuyo núcleo sintáctico permitiría explicar de qué modo es posible aprender y comprender los significados y luego emplearlos con propósitos comunicativos, entre otros (Chomsky 1957, 1959; Tomasello 2003). Una visión de ese tipo, característica de la gramática generativa chomskiana⁵, y, *mutatis mutandis*, también atribuible a la lingüística estructural de Saussure que la precedió, supuso una clara separación entre dos niveles: el «núcleo», es decir, la manipulación de símbolos lingüísticos o la «competencia», por una parte, y la «periferia», o sea, la experiencia, el procesamiento sensorio-motor y la acción de los hablantes o la «actuación», por la otra (Perniss y Vigliocco 2014); en términos saussurianos, la *langue* y la *parole*, respectivamente. Por su parte, la idea que todos los lenguajes comparten una misma estructura en un nivel abstracto de análisis impregnó fuertemente la gran tradición semántica desde sus inicios en la primera mitad del siglo pasado (Frege, Russell, el primer Wittgenstein, entre otros). Esta visión tiene una versión cognitivista en la teoría de un *Lenguaje del Pensamiento* de Fodor (1975), de inspiración chomskiana, con múltiples desarrollos en la filosofía de la mente y del lenguaje en la segunda

³ Siempre es discutible si se trata de paradigmas, enfoques o sólo de diferentes estrategias de investigación, pero no podemos discutir este punto aquí.

⁴ Para una evaluación de las relaciones entre la lingüística y la filosofía analítica del lenguaje, en sintonía con el enfoque meta-teórico de este trabajo, véase Korta (2002).

⁵ Korta (2002) lo denomina «sintaxicentrismo» y Jackendoff (2003) atribuye a este «importante error en el corazón de la gramática generativa... gran parte de la alienación de la teoría lingüística de las ciencias cognitivas» (p. 654).

mitad del siglo XX hasta la actualidad.

Una diferente manera de abordar el lenguaje, en todas sus dimensiones, desde la fonológica hasta la pragmática, pone el foco en el lenguaje en cuanto usado⁶, y en la comunicación como su «manifestación primaria»: «...el contexto comunicativo en el cual el lenguaje ha evolucionado, es aprendido por los niños y es más a menudo utilizado» (Vigliocco et al. 2014, p. 2; también Perniss y Vigliocco 2014), y por lo tanto, aquél en el que deberían explicarse sus rasgos fundamentales (Tomasello 2003, 2008; Levinson y Holler 2014). El campo de estudios de los lenguajes de signos, que se desarrolló intensamente a partir de los años 60 del siglo pasado (Kendon 2014) también contribuyó a perfilar un modelo diferente del lenguaje, dado que su uso en la interacción cara-a-cara, al incorporar la modalidad manual (Goldin-Meadow 2014), permitió reconocer mejor el papel de los gestos, los movimientos corporales y las expresiones faciales presentes en el uso de todos los lenguajes. Este cambio a favor de una perspectiva «corporeizada» más amplia (Perniss y Vigliocco 2014), trajo aparejado el interés por los distintos canales de información que convergen en el uso del lenguaje, incluyendo la prosodia (Vigliocco et al. 2014; Tomasello 2003, 2008). Gestos, signos y prosodia son considerados partes de un sistema integrado o «sistema de sistemas» (Levinson y Holler 2014). Este enfoque ha sido denominado «enfoque multimodal del lenguaje» (Vigliocco et al. 2014), porque sostiene que el lenguaje debe ser estudiado en su «heterogeneidad semiótica» (Kendon 2014), es decir, en sus múltiples canales de expresión: gestual (corporal y facial) y vocal (prosódica y articulatoria). Este sistema sería, a su vez, el efecto de una «maquinaria de interacción» compleja, que lo precede y hace posible (Levinson y Holler 2014), más específicamente, una maquinaria intencional «cooperativa» (Tomasello 2008). Es bastante claro que el cambio de enfoque acerca del lenguaje del último Wittgenstein, en contraste con su concepción formalista temprana, está caracterizado por muchas de estas ideas⁷.

⁶ Se han denominado «enfoques del lenguaje basados en el uso», e incluyen a la lingüística cognitiva de Lakoff y Johnson sobre la metáfora (1980), a la «gramática cognitiva» de Langacker (1987) y al funcionalismo en sus distintas vertientes. Para una caracterización de los supuestos comunes a estos diferentes enfoques, ver Tyler (2010). La vinculación entre estos enfoques y las ideas de Wittgenstein sobre el lenguaje es defendida por Tomasello (2003, 2008).

⁷ Cfr.: «Lo que denominamos significado tiene que estar conectado con el lenguaje primitivo de los gestos» (EM, p. 59); «Y así es la lengua de señas primaria en un sentido psicológico» (EM, p. 86); «El lenguaje tiene una raíz múltiple, tiene raíces, no una raíz» (Z 656); «...los escrúpulos en el pensar comienzan (tienen su raíz) en el instinto....el juego de lenguaje no tiene su origen en una reflexión...» (OFP, II 632); «El lenguaje de los gestos es un *lenguaje* y nosotros no lo aprendimos, en el sentido

Un núcleo doctrinario importante en el paradigma ortodoxo acerca del lenguaje es la tesis que los signos (o al menos, la mayoría de ellos) se ligan con los conceptos o significados de una manera enteramente arbitraria. Dicho de otra forma, dado el sonido de una palabra desconocida, no es posible inferir su significado (Monaghan et al. 2014), porque «cualquier combinación de sonidos puede significar cualquier contenido semántico» (Dingemanse et al. 2015, p. 603). Hermógenes en el *Crátilo* defendió la primera formulación de esta tesis, que fue elaborada más tarde por Locke en su *Ensayo* (1689), con el argumento que la existencia de lenguas diferentes era evidencia contundente que los signos surgían por «una imposición perfectamente arbitraria» (Vigliocco et al. 2014). Se convirtió en ortodoxia en la teoría lingüística con Saussure (1916). Los estudios en la lingüística cognitiva y antropológica estuvieron dominados por la aceptación de la tesis acerca del carácter universalmente arbitrario de los signos lingüísticos (Fisher y Nänny 1999; Nöth 2015). Este «primer principio», tal como lo denominó Saussure, fue considerado incluso un «principio de diseño» (Hockett 1960) y, por esa razón, adquirió el rango de criterio definicional del lenguaje (Monaghan et al. 2014). Tuvo también una unánime aceptación en la filosofía contemporánea del lenguaje, en la que el interés por los signos lingüísticos se limitó en general a su carácter de vehículos materiales arbitrarios de los significados. En consecuencia, es también opinión aceptada que las expresiones lingüísticas no arbitrarias, siendo una «fracción despreciable» del lenguaje (Newmeyer 1992), tienen «importancia secundaria».

Sin embargo, el creciente conocimiento sobre una variedad de lenguas en las que se identificaron abundantes y diversos tipos de correspondencias entre los sonidos de las palabras y sus significados (Perniss et al. 2010), incluidas las propias lenguas indoeuropeas más recientemente (Monaghan et al. 2014), contribuyó a modificar el alcance del principio saussuriano y abrió un espacio

usual. Esto significa: no se nos enseñó deliberadamente» (EM, p. 192); «... para nosotros, más bien, “el lenguaje” es un nombre colectivo, y por él entiendo el español, el inglés, etcétera, y otros varios sistemas de signos más o menos afines a tales lenguajes» (Z 97; Z 322 y Z 541); «El uso legítimo de la palabra “lenguaje”: o bien significa el hecho empírico de que los hombres hablan (al mismo nivel que el hecho de que los perros ladran) o bien significa un sistema establecido de palabras y de reglas gramaticales en expresiones como “el lenguaje inglés”, “el lenguaje de los negros”, etc....» (EM, p. 95); «Cuando hablo de lenguaje (palabra, oración, etc.), tengo que hablar el lenguaje de cada día. ¿Es este lenguaje acaso demasiado basto, material, para lo que deseamos decir? ...» IF, I 120. Son más frecuentes, no obstante, las referencias críticas al paradigma ortodoxo (incluida la concepción tractariana) que las positivas. Véase, por ejemplo, IF, I 108: «...lo que llamamos proposición y lenguaje no es la unidad formal que imaginé...Hablamos del fenómeno espacial y temporal del lenguaje; no de una aberración inespacial e intemporal...» (IF, I 108).

para «el retorno de la no arbitrariedad» (Dingemanse et al. 2015). Dicho de otra forma, además de la arbitrariedad, actualmente se considera necesario reconocer la presencia y el papel de ciertos rasgos icónicos en los lenguajes naturales (Perniss et al. 2010; Dingemanse et al. 2015). Una abundante investigación experimental en los últimos años se ha enfocado en el estudio de los vínculos icónicos⁸ de los signos con los significados, re-evaluando su importancia relativa, buscando, además, identificar los que son específicos de cada lengua o familias de lenguas y los que manifiestan patrones translingüísticos. Desde un punto de vista cognitivo, la presencia de estos rasgos puso en debate la distinción tajante entre dos niveles o incluso dos módulos independientes de procesamiento de las representaciones semántico-gramaticales y las fonológicas, o dos sistemas, uno conceptual y el otro articulatorio-motor. Además, dada su mayor presencia en ciertas lenguas y en el aprendizaje temprano del lenguaje, se conjetura que dichos rasgos podrían considerarse vestigios de una proto-lengua (Imai y Kita 2014), proporcionando información que permitiría reconstruir los orígenes filogenéticos del lenguaje, por una parte, y, por la otra, diversos estudios exploran su papel facilitador en la ontogenia del lenguaje. Por último, también es materia de debates si su importancia relativa justifica o no que se lo considere un rasgo de diseño del lenguaje al nivel de la arbitrariedad (Perniss et al. 2010). Cada una de estas cuestiones posee enorme interés científico y filosófico y podrían modificar concepciones o supuestos muy arraigados, tanto en la lingüística como en la filosofía del lenguaje, pero exceden los límites de este trabajo. Asumiendo que no es evidente que los hablantes seamos capaces de reconocer muchos de estos rasgos icónicos sin esfuerzo reflexivo o conocimiento teórico, recurriré a las investigaciones lingüístico-cognitivas para caracterizarlos. De ese modo espero reunir las herramientas que permitan comprender mejor el interés de los escritos de Wittgenstein en los que se refiere a diversos rasgos icónicos en el lenguaje así como su importancia para una comprensión integral del significado lingüístico.

§2. La iconicidad en el lenguaje: de Platón a Peirce

Se debe a Platón la primera discusión de las tesis alternativas: la defendida por Hermógenes, según la cual las palabras se ligan a sus referentes «por

⁸ Según algunos especialistas, deberían distinguirse diferentes tipos de no arbitrariedad: no sólo signos «icónicos», sino también «sistemáticos», con funciones y mecanismos cognitivos diferentes (Dingemanse et al. 2015).

convención» (*thesei*) y la propuesta por Crátilo, según la cual se vinculan a los objetos «por naturaleza» (*physei*), es decir, mediante una relación imitativa entre los nombres y lo nombrado. Platón incluyó entre los elementos imitativos del lenguaje no sólo las palabras sino los fonemas, vocales y consonantes, así como los rasgos prosódicos y la métrica, pero no la sintaxis. La tesis ‘naturalista’ de Crátilo dependía de una tesis metafísica acerca de la esencia de las entidades nombradas, así como de una concepción del nombrar que suponía la existencia de nombres que refieren directamente a entidades simples sin interferencia de otros componentes epistémicos potencialmente distorsivos. Una idea naturalista con fundamentos muy diferentes se encuentra en *La Expresión de las emociones en los animales y el hombre* (1872), donde Darwin señalaba la existencia de un vínculo «natural» entre los sonidos de la voz humana, los gestos y los estados emocionales. Se debe a Peirce, sin embargo, una concepción elaborada de la noción de iconicidad, en el marco de su conocida distinción semiótica entre tres tipos de *signos*: índices, íconos y símbolos. Esta trilogía tiene creciente aceptación en los estudios sobre la evolución y el desarrollo comparado de la competencia comunicativa no-lingüística en primates, pre y proto-lingüística en niños y lingüística en niños y humanos adultos. Los signos icónicos son estudiados tanto en sus versiones naturales (gestos no convencionalizados) como en sus variantes convencionalizadas, en el marco del nuevo enfoque bosquejado arriba acerca de la génesis y naturaleza del lenguaje humano (cfr. Tomasello 2008).

Peirce definía a los signos icónicos como aquellos que tienen alguna semejanza o parecido con aquello que representan, o cuyas «cualidades se parecen a las de(1)... objeto, y suscita sensaciones análogas en la mente para la cual es una similitud», o bien como un signo «cuya cualidad *qua* cosa es lo que lo hace apto para ser un *representamen*» (Peirce 1965, p. 145). Distinguió, a su vez, entre tres sub-tipos de íconos: las imágenes o «cualidades simples»; los diagramas o relaciones diádicas de analogía entre partes de ambas cosas, del signo y del objeto representado y las metáforas, que suponen relaciones triádicas de un signo que «representa mediante su paralelismo con otra cosa» (CP 2.277). Esta tricotomía cubre un amplio espectro de relaciones de semejanza: no sólo aspectos perceptibles, como en las imágenes, sino relaciones analógicas entre los elementos del signo y los de su «objeto». Peirce sostuvo que todas las lenguas contienen íconos, y que incluso «un símbolo puede tener un ícono o un índice incorporado en él» (CP 4.447), más aún: «que los signos más perfectos de todos son aquellos donde los caracteres icónicos, indicativos y simbólicos estén mezclados en proporciones tan similares como sea posible»

(CP 4.448). En síntesis, para Peirce la iconicidad cubre un espectro de variantes, tanto relativas al grado de abstracción de las relaciones de semejanza como en función de su mayor o menor presencia sobre los otros tipos de signos. Como señaló Jakobson, estas ideas contrastan claramente con la opinión de Saussure que «los signos completamente arbitrarios son los más apropiados para satisfacer el proceso semiótico óptimo» (Jakobson 1965, p. 349). Además, como veremos, prefiguraron un camino con múltiples desarrollos en la lingüística cognitiva reciente.

Siguiendo las líneas de Peirce, se puede definir a la iconicidad como la relación de similitud, semejanza o analogía entre propiedades de la forma comunicativa o lingüística (incluyendo a los signos de los lenguajes de signos, la fonología y la prosodia de los lenguajes hablados, los gestos que acompañan el habla y las formas gráficas del lenguaje escrito) y ciertas propiedades sensorio-motoras de los referentes o de la estructura espacio-temporal de los eventos referidos o de nuestras experiencias, incluso afectivas, con ellos (Perniss et al. 2010; Perniss y Vigliocco 2014; Vigliocco et al. 2014; Dingemanse et al. 2015; Nöth 2015).

La mayor parte de los especialistas afirman, como Peirce, que la iconicidad es una propiedad que se manifiesta gradualmente (Perniss y Vigliocco 2014), e incluso que es posible establecer una jerarquía que comienza con señales no verbales puramente imitativas y termina con palabras puramente arbitrarias (Akita 2013). Cuando las semejanzas son más transparentes y directas, se la ha denominado “iconicidad absoluta” (Monaghan et al. 2014). Ejemplo de ella son cierto tipo de gestos así como las palabras onomatopéyicas o «íconos vocales», que son signos asociados con diferentes «cualidades experimentadas», incluyendo las experiencias mismas de su pronunciación, o con aspectos perceptuales del referente, en diferentes modalidades sensoriales (Akita 2013). En cambio, otras palabras y gestos evocan similitudes menos claras, indirectas o abstractas (Perniss y Vigliocco 2014; Monaghan et al. 2014). En el mismo sentido, se ha propuesto una distinción entre iconicidad «transparente», «translúcida» y «subliminal», bajo el principio más laxo que «la iconicidad está en el ojo del observador», en el sentido que el potencial icónico de un signo requiere siempre ser activado por quien escucha o lee un texto (Nänny 1999).

Mientras que en el lenguaje de señas y en la escritura la modalidad visual es dominante, las modalidades auditiva y visual son importantes en el lenguaje hablado. Además de los gestos que co-ocurren con la expresión verbal, el léxico y su emisión sonora contienen rasgos icónicos. La prosodia, que incluye las

variaciones tonales, la melodía y la acentuación, se asemeja con las de la experiencia o con información vinculada con dominios semánticos específicos (Vigliocco et al. 2014). También manifiestan iconicidad ciertas características de la estructura morfo-sintáctica, tales como la secuencia de palabras o la contigüidad y «proximidad lingüística» (cfr. Jakobson 1965). Finalmente, hay rasgos icónicos específicamente comunicativos (Hinton et al. 1994). Hay un creciente consenso acerca de la necesidad de incorporar estas modalidades a los datos básicos que hablantes y oyentes manipulan cuando aprenden, comprenden y utilizan el lenguaje, y por lo tanto, a los modelos que intentan explicar esos procesos. Es además evidente que su presencia en todos los niveles o dimensiones del lenguaje es un indicio de su mayor importancia relativa y del grado en el que no es posible separar nítidamente a unas de otras.

§3. La «forma imita el significado»⁹: simbolismo sonoro y sinestesia lingüística

‘Simbolismo sonoro’ es el nombre que se ha dado a la propiedad icónica de las formas sonoras del lenguaje (y, secundariamente, de las formas gráficas de su escritura) de reflejar o imitar algún aspecto o propiedad del significado o referente o de las experiencias de sus usuarios vinculadas a ellos. La conjetura sobre la existencia de este fenómeno lingüístico fue formulada por Jespersen (1921), quien describió a las palabras sonoro-simbólicas como «palabras que hacen ecos». Jespersen descubrió que el sonido (i) se asocia regularmente con las cosas pequeñas, y los sonidos (u), (o), (a) con las grandes y que esta asociación podría deberse a la forma en la que se dispone la cavidad bucal y la lengua para su pronunciación. Luego fue estudiada experimentalmente por Sapir (1929), un lingüista y por Köhler (1929), un psicólogo. El primero corroboró la conjetura al identificar la asociación regular de las respuestas de los sujetos ante la presencia de las vocales (i) y (a), en dos pseudo-palabras, *mil* y *mal*, con la asignación de los significados de «mesa pequeña» o «mesa grande», respectivamente. Esta regularidad fue confirmada luego en distintas familias de lenguas¹⁰. Los estudios de Köhler, por su parte, revelaron la asociación regular entre las formas de los objetos y las formas fónicas. Su conocido experimento presenta a los sujetos dos garabatos, uno con formas redondeadas y suaves y

⁹ Tomo prestada esta expresión del título homónimo *Form Miming Meaning* (1999).

¹⁰ Blasi et al. (2016) identificaron asociaciones sistemáticas en lenguas no emparentadas entre sí, por ejemplo, en palabras referidas al tamaño, como «pequeño», que contienen la vocal *i*, entre otras, del vocabulario básico del 62 % de los lenguajes y dialectos conocidos.

otro con ángulos y líneas quebradas y dos pseudo-palabras, con formas fónicas diferentes: *baluba* y *takete* (u otras variantes, como *bouba* y *kiki* (Ramachandran y Hubbard 2001)). Los resultados arrojaron una mayoría de respuestas concordantes que asociaban el garabato con formas curvas a la expresión *baluba* y el de formas angulares y líneas quebradas con *takete*. Estos estudios se replicaron, incluso en niños pequeños (Bankieris y Simner 2015).

El simbolismo sonoro se manifiesta no sólo en grupos de palabras y categorías gramaticales sino también en fonemas o alternancias entre fonemas (o grafemas), en vocales, consonantes y sus combinaciones. Estos signos son asociados a sensaciones en diferentes modalidades, como rasgos visuales: tamaño, forma, color; cualidades espaciales o táctiles, como el movimiento o la textura; e incluso, más indirectamente, estados fisiológicos y psicológicos, emociones o estados de ánimo e incluso personalidades o propiedades evaluativas, afectivas o morales, del hablante con el tema (Hinton et al. 1994). En síntesis, la expresión ‘simbolismo sonoro’ abarca, en el uso más o menos generalizado en la literatura, distintos tipos y grados de relaciones icónicas entre signos o elementos de los signos (no sólo en su modalidad vocal) y rasgos o propiedades (no sólo sonoras) de los eventos o fenómenos referidos y/o de nuestra experiencia con ellos, incluidos los movimientos articulatorios para su producción. El origen de estas asociaciones es, en muchos casos, difícil de establecer, pero se sugiere algún origen icónico primario y asociaciones secundarias que luego se preservan en familias de palabras (Fisher 1999). Por su parte, mientras en algunos casos son fácilmente identificables, y no sólo por los hablantes nativos, por el contrario, en muchos otros, pasan inadvertidas (Monaghan et al. 2014)

Una clasificación consistente con el enfoque del lenguaje como un sistema multimodal distingue, en una escala de mayor a menor iconicidad, entre: (1) el «simbolismo sonoro-corporal», que consiste en los patrones de entonación y la cualidad vocal, incluidas las interjecciones, que expresan los estados físicos o emocionales del hablante, muchos de ellos sintomáticos o involuntarios, y que acompañan regularmente a las expresiones sonoro-simbólicas; (2) el «simbolismo sonoro-imitativo», ejemplificado por las onomatopeyas, que aunque expresan patrones sonoros no convencionales, regularmente se convencionalizan; (3) el «simbolismo sonoro-sinestésico», que es la simbolización acústica (o visual en los signos escritos) de fenómenos no acústicos, por ejemplo, la forma, el tamaño o el sabor, que veremos más abajo; y (4) el «simbolismo sonoro convencional», que es la asociación de fonemas con significados, más bien específicos de cada lengua (Hinton et al. 1994). Este

último grupo está representado por los así llamados «fonestemas» (Firth 1930), o fonemas portadores de significado, recurrentes y específicos en cada lengua para distintos tipos de ítems léxicos. Situados entre la fonología, que estudia los sonidos sin atender a aspectos semánticos y la morfología, que estudia el aporte «fuerte y estable» de los morfemas al significado y que satisfacen el principio de composicionalidad¹¹. Un ejemplo del inglés son las palabras que comienzan con /gl/, todas las cuales tienen significados relacionados con el ojo y los fenómenos visuales o con la luz (Fisher 1999; Perniss et al. 2010). Este fonestema está presente también en otras lenguas antiguas¹² y modernas.

La conjetura de Jespersen fue corroborada entre palabras referidas al tamaño y la presencia de ciertas vocales: la (i) para cosas pequeñas y (u), (o) y (a), para cosas grandes, por ejemplo, en los nombres de pájaros y peces, en distintas familias lingüísticas, en las que es más frecuente la vocal (i) y la vocal (a), en la primera sílaba, respectivamente, connotando movimientos rápidos para los pájaros y flujo lento y continuo para los peces (Berlin 1994)¹³. Fisher (1999) denomina «iconicidad articulatoria» a las asociaciones con significados en función de la posición de los órganos del habla (garganta, paladar, lengua y labios) al pronunciar los signos, y sugiere que la articulación imita propiedades espaciales o dimensionales, que luego se amplían por asociación a otras. Se ha propuesto incluso una distinción entre significado primario y secundario del mismo signo lingüístico, con el objeto de dar cuenta, por ejemplo, de cómo los significados «grande» y «pequeño», por un lado, y «dominante» y «sumiso», por el otro, están regularmente correlacionados, en distintos grupos lingüísticos, y vinculados además con reacciones corporales, gestos faciales y rasgos característicos de las vocalizaciones (Ohala 1994). Como veremos, este tipo de correlaciones invitaron a Wittgenstein a hacer una distinción semántica similar.

Por las razones que veremos enseguida, la relación entre simbolismo sonoro y sinestesia ha despertado mucho interés. La sinestesia es un fenómeno

¹¹ Más allá de sus propiedades icónicas, la naturaleza y criterios de identidad de los «fonestemas», así como sus semejanzas y diferencias con los morfemas, es todavía materia de discusiones en lingüística (Kwon y Round 2015).

¹² Platón identificó este fonestema en la lengua griega, entre otros (cfr. *Crátilo* 426d-427d). Frecuentes en distintas lenguas son los siguientes: /fl/, /cl/, /gr/, /pl/, /pr/, /sn/, con propiedades icónicas más y menos transparentes.

¹³ Fisher (1999) ha observado, por su parte, que el contraste /i/-/a/ sirve en distintas lenguas para señalar familias de significados opuestos: pequeño, cerca, alto, brillante, angosto, delgado, angular vs. grande, lejos, bajo, oscuro, ancho, grueso, redondo.

perceptual-cognitivo e incluso una condición neuro-psicológica, que consiste en la unión o mezcla de sensaciones o «cruce de los sentidos». Más específicamente, es un tipo de experiencia inusual o extraordinaria, disparada por un estímulo perceptual, conceptual o afectivo¹⁴, que no es ocasional ni conciente, ni está sujeta a control voluntario. A diferencia de las experiencias «normales», las sinestésicas agregan a la experiencia relacionada con el estímulo que la provoca (llamado «inductor»), un percepto adicional, a veces en una diferente modalidad sensorial (llamado «concurrente»). Los sinestetas oyen (y no sólo ven) colores, saborean (y no sólo oyen) palabras, ven colores (y no sólo escuchan) sonidos musicales, etc.¹⁵ Esta extraordinaria manera de percibir, que se da en una pequeña proporción de la población, se denomina «sinestesia fuerte» o «vívida» porque «la conexión entre la experiencia inductora y la inducida es tan profunda, que la imagen (concurrente) es considerada parte de la identidad literal del percepto» (Martino y Marks 2001, p. 62), es decir, no se trata de una mera asociación ni de una descripción metafórica. Se distingue de la «sinestesia débil», omnipresente en niños y adultos, en la que las correspondencias sistemáticas entre diferentes modalidades perceptuales ocurren sin que se produzca una sensación o percepción suplementaria (Martino y Marks 2001), y son además relativamente flexibles y no automáticas. Comprender este tipo de sinestesia permitiría explicar la producción y comprensión de «metáforas sinestésicas» frecuentes en el uso cotidiano del lenguaje (como «color cálido» o «frío» o «dolor agudo» o «profundo») además de las que son propias de los usos poéticos¹⁶. Ambas modalidades, la fuerte y la débil, podrían depender de algunos mecanismos subyacentes comunes (Bankieris y Simner 2014), es decir, la activación cruzada de las áreas del cerebro sólo sería más débil en los no sinestetas. Esta condición «*quinta-esencialmente* multi-facetada» (Simner y Hubbard 2013) y, en consecuencia, las dificultades para trazar una línea de corte clara entre tipos de sinestesia, ha llevado a defender una caracterización «espectral» (Eagleman

¹⁴ Tomando en cuenta el carácter de inductores y concurrentes, Marks (2011) distingue entre tres tipos de sinestesia: perceptual-perceptual, perceptual-cognitiva (o al revés) y, perceptual-afectiva (o al revés).

¹⁵ No todas las experiencias sinestésicas son trans-modales, puesto que si, por ejemplo, una letra escrita induce una sensación de color (sinestesia grafema-color), sólo está involucrada la modalidad visual. En estos casos, se trata de un tipo de sinestesia homo-modal, aunque trans-dimensional (Marks 2011).

¹⁶ El simbolismo sonoro y la sinestesia lingüística son especialmente importantes en la poesía simbolista. El soneto *Correspondencias* (1857) de Baudelaire expresa la poética simbolista sobre el cruce de modalidades sensoriales. Un ejemplo de ella es *Vocales* de Rimbaud (1870-71).

2012), procurando abarcar con ella sus semejanzas fenomenológicas, parámetros conductuales y probables bases neurofisiológicas.

Se han registrado diversas combinaciones no sólo entre percepciones, sino además entre sensaciones, emociones, conceptos y palabras (Marks 2011). Por esta razón, es natural explorar su parentesco con el simbolismo sonoro. La literatura registra hasta 150 variantes de sinestesia (Simner y Hubbard 2013), y la mayoría de los casos involucra percepción y procesamiento lingüístico de letras o números («grafemas») y de palabras, y por ello, se las denomina «sinestesia lingüística» o «conceptual» (Simner 2007) o, como vimos, «simbolismo sonoro sinestésico» (Hinton et al. 1994). La más frecuente y mejor estudiada es la sinestesia «grafema-color», en la que ciertas letras o números acromáticos son vistos regularmente de un cierto color. Le sigue en frecuencia la «auditivo-visual» y luego la que se da entre palabras y ubicaciones espaciales, géneros o rasgos de personalidad (de «personificación»), entre rostros o personas y números o colores, y la «léxico-gustativa», entre palabras y sabores. En relación a ésta se ha estudiado su conexión con el fenómeno de la «palabra en la punta de la lengua», una experiencia habitual pero en la que los sinestetas son además capaces de «saborear» las palabras buscadas y aún no encontradas, en conexión con un estímulo perceptual que induce su búsqueda, aunque finalmente la experiencia sinestésica depende de los rasgos fonológicos de la palabra buscada (Simner y Ward 2006). En algunas variantes convergen elementos lingüístico-conceptuales tanto en la experiencia inductora como en la inducida. Tal es el caso de la sinestesia «objeto-personalidad» (Smilek et al. 2007) y de la llamada «personificación ordinal lingüística» (Simner y Holenstein 2007). En esta, secuencias lingüísticas ordenadas como las letras del alfabeto, los días de la semana o los meses del año, activan la impresión automática de una variedad de «personificaciones», tales como un tipo de personalidad, atributos psicológicos o morales, de género, apariencia física o vínculo familiar. Por último, es importante señalar que una motivación, entre muchas otras, para el estudio de la sinestesia ha sido comprender los fenómenos sonoro-simbólicos. Guiados por la hipótesis que ambos fenómenos estarían apoyados en el mismo tipo de trans-modalidad, algunos estudios han mostrado con aproximadamente un 95 % de significancia estadística que, para ciertos dominios de palabras, los sinestetas detectan mejor casos de simbolismo sonoro que los no sinestetas, por ejemplo, hacen más inferencias acertadas acerca del significado de palabras de una lengua desconocida a partir de su forma sonora (Bankieris y Simner 2015). No pretendo aquí dejar sentada una interpretación particular de un fenómeno tan complejo y aun

insuficientemente explicado, sino sólo utilizar el conocimiento disponible para ponerlo en relación con los objetivos generales de este trabajo, y en particular, con las observaciones de Wittgenstein sobre estos mismos fenómenos. Veamos ahora el examen fenomenológico de Wittgenstein sobre la mayor parte de las experiencias descriptas.

§4. Wittgenstein sobre la «experiencia del significado»

En los escritos de Wittgenstein posteriores al *Tractatus*¹⁷, se pueden encontrar abundantes observaciones sobre los rasgos icónicos y las dimensiones experienciales de algunas palabras y de componentes de las palabras (como las vocales) y de otras propiedades sonoras (como la entonación, el ritmo, etc.) o visuales (como su aspecto gráfico). Todas ellas muestran la conexión específica e indisociable de esos signos con las experiencias multimodales de sus usuarios: «la palabra apropiada» o «en la punta de la lengua», el nombre propio como adjetivo, el «carácter», «aroma» o «atmósfera de las palabras, el ritmo y la entonación así como los rasgos gestuales y la fisonomía de las palabras, las experiencias sinestésicas y los «significados secundarios», entre otros, son ejemplos de ello. La percepción de los rasgos fonológicos de las palabras habladas y los visuales de las palabras escritas, junto a otras experiencias multimodales, acompañan el uso habitual y les confieren, además, una función expresiva particular. En tales casos, resultan irremplazables para sus usuarios y, en ese sentido, no son arbitrarias. El examen que sigue se ocupa de una muestra representativa en los textos de Wittgenstein de los fenómenos sonoro-simbólicos descriptos por la literatura, procurando integrarlos en una interpretación consistente con sus ideas más conocidas sobre el significado lingüístico.

La escasa bibliografía sobre estos textos¹⁸ puede deberse a que no es clara la relación que ellos guardan entre sí, o bien no es evidente su valor teórico en el conjunto de su obra¹⁹, o bien, porque plantean dificultades en relación con

¹⁷ Cito los títulos por sus iniciales: *Investigaciones Filosóficas*: IF; *Observaciones sobre la Filosofía de la Psicología, Vol I y II*: OFP I y OFP II; *Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología*: UEFP; *Zettel*: Z; *Escrito a Máquina*: EM; *Gramática Filosófica*: GF y *Los Cuadernos Azul y Marrón*: CAM. Se indica el número de párrafo citado, excepto cuando se señala expresamente que se trata de la página de la edición consultada.

¹⁸ Entre ellos, Goldstein (2004), ter Hark (2009, 2010, 2011 y 2013) y Fermandois (2009, 2011).

¹⁹ Goldstein (2004) se refiere a estas observaciones como aparentemente «extrañas», «intrigantes», «elusivas», o «resbaladizas»; ter Hark (2013), por su parte, se refiere críticamente a los intérpretes que

concepción del significado como uso. Como veremos, ninguno de estos alegatos está bien justificado. Las pocas excepciones en la literatura, no hacen referencia a rasgos icónicos para su interpretación ni sugieren implicaciones más amplias acerca del lenguaje como un fenómeno multi-modal. Wittgenstein, por su parte, aunque no emplea la noción de iconicidad para referirse a la relación entre signos y significados, recurre a nociones emparentadas, como ‘semejanza’, ‘similitud’, ‘parecido’, ‘correspondencia’, ‘analogía’, entre otras. Por otra parte, es muy frecuente el empleo de términos como ‘figura’ e ‘imagen’²⁰ para analizar la relación entre signos y significados. Un análisis de estos textos permitirá evaluar en qué medida son evidencia del reconocimiento de diversas propiedades icónicas del lenguaje y más ampliamente de una visión del lenguaje que se aparta del paradigma ortodoxo descrito más arriba. El examen de Wittgenstein, no obstante, siempre está situado en el nivel de una «fenomenología del significado», esto es, ni supone ni conjetura fenómenos psicológicos o cognitivos específicos que la expliquen.

La concepción wittgensteineana del significado está sintetizada en el siguiente fragmento: «(P)ara una *gran* clase de casos de utilización de la palabra «significado» –aunque no para *todos* los casos de su utilización- puede explicarse esta palabra así: El significado de una palabra es su uso en el lenguaje» (IF, I 43). La interpretación estándar se resume en la expresión: «el significado es el uso», no obstante, allí se afirma, claramente, que esta equiparación no es correcta para todos los casos. A la noción de uso, Wittgenstein agrega la de «experiencia (o vivencia) del significado» (IF, II p. 413; OFP, I 354, 358-359, EM, p. 66), que no contradice ni excluye a la primera sino, como veremos, más bien la presupone (IF, II, p. 495) (ter Hark 2011).

Los conceptos de experiencia o «visión» y su contracara, «ceguera para el significado» (IF, II p. 491; OFP, I 175, 182, 189, 344; OFP, II 571-572) son introducidos en el contexto de las reflexiones sobre «ver aspectos» y también en relación con la percepción directa de emociones (IF, II p. 481). Wittgenstein identifica algunos parentescos entre estos fenómenos, sobre la base de las siguientes razones. En primer lugar, se trata de «vivencias», aunque en un sentido especial (OFP, II 469) o situadas en «‘una cuarta dimensión’» (OFP, I 1074), es decir, «otro tipo que las vivencias que consideramos las más fundamentales, por ejemplo, las impresiones sensoriales» (IF, II p. 493; también OFP, I 259). Dicho de otra forma, la noción de experiencia en estos casos es

consideran a estos textos como una «anomalía» en el conjunto de su obra.

²⁰ Ambos traducen el alemán *Bild*, y diversos compuestos nominales que contienen el término.

empleada con un «significado secundario» (ter Hark 2009, 2011), que es tanto coherente con una caracterización del lenguaje como algo más que un código o un sistema de símbolos desencarnados, pero también con una caracterización de los signos que lo conforman como algo más que un conjunto de sonidos o de marcas identificables sólo por sus propiedades físicas (OFP, I 324; 1017; 1072). Tanto la visión aspectual como la vivencia de palabras ocurren en un nivel irreductible y básico de nuestra relación, tanto con aspectos como con palabras, que no es abstracto pero que tampoco es meramente físico (sonoro o visual)²¹. En consecuencia, lo que se mira, escucha o lee está ligado a una interpretación o concepto (OFP, II, 378), o es «un pensamiento que tiene su eco en el ver» (IF II p.485; OFP, II 462) y no un dato o conjunto de datos sensoriales no interpretados. El contenido aspectual, emocional o semántico se vincula con los rasgos puramente físicos o geométricos de las figuras, los rostros o los signos de un modo que es aparentemente paradójico, porque lo percibido permanece idéntico aunque es muy diferente una vez reconocido el aspecto, la emoción o el significado (OFP, II 474, 476). Es por ello «la vivencia de una *comparación*» (OFP, I 316 y 317). Podría decirse que se trata de fenómenos «híbridos» en tanto tienen un componente objetivo y pasivo, junto a otro subjetivo y activo, unidos de manera indisoluble (UEFP 554: ter Hark 2009; Fermandois 2009). Además, experimentar el significado es un fenómeno tan ubicuo o poco excepcional como ver aspectos o reconocer emociones. En efecto, no se trata de experiencias confinadas a usos más o menos sofisticados o excepcionales del lenguaje (cfr. IF, II p. 493) (ter Hark 2010). Por esta razón, la «ceguera» para los aspectos, el reconocimiento de emociones y significados daría lugar a casos-límite, apenas humanamente concebibles. No obstante, regularmente no advertimos los aspectos en nuestra visión habitual de algo como algo (OFP, I 422; IF, II p. 449; OFP, II 515), ni experimentamos siempre o con la misma intensidad el significado de las palabras corrientes en sus contextos habituales de uso (OFP, I 324), e incluso a veces sólo lo experimentamos cuando no las usamos (OFP I 232) o cuando hacemos de ellas, por así decir, un uso «intransitivo» (GF p. 79), por ejemplo, en un poema. En este contexto, sólo me interesa subrayar las afinidades entre estas experiencias porque muestran las relaciones o semejanzas estructurales entre la percepción y comprensión de figuras, expresiones faciales y palabras. Como veremos, ellas se manifiestan en nuestros vínculos experienciales con las palabras.

²¹ «Los humanos...vivimos..., desde nuestro origen individual y como especie, entre palabras que son *palabras*, no sonidos». (Fermandois 2009, p. 24).

Ahora bien, ¿la experiencia del significado equivale al conjunto de los efectos psicológicos que causa comprender una expresión? Si fuera el caso, el significado no podría ser el uso. Wittgenstein lo niega claramente: «El efecto de una oración en el ánimo no es su sentido» (EM p. 70 y ss.)²²; «El significado no es la vivencia que se tiene al oír o pronunciar la palabra, y el sentido de la oración no es el complejo de estas vivencias» (IF, II p. 423). ¿Puede identificarse con episodios o procesos psicológicos (y/o neurofisiológicos) anteriores e independientes del uso? La respuesta también es negativa. Aunque estas experiencias puedan estar causalmente conectadas con eventos pasados, su importancia reside en el vínculo que crean con las palabras conocidas, el que, además, es reconocido independientemente que se conozcan sus causas y efectos psicológicos. En suma, comprender el componente semántico de estas experiencias no depende de una investigación psicológica (OFP, I 479; OFP, I 35, 38, 254)²³. ¿Cuál es el vínculo, entonces, entre las dos nociones de significado?

Los primeros casos de «experiencia de significado» que examina Wittgenstein son las «palabras de doble significado» (OFP, I 332)²⁴, idénticas en su forma pero cuyo uso está ligado a experiencias diferentes, y, por lo tanto, no pueden ser usadas con sus dos significados, simultáneamente. Como se advierte, este es un caso similar al de la percepción de figuras ambiguas. Estas experiencias también se evidencian en el caso inverso, el de expresiones diferentes que tienen el mismo significado, más nítidamente aún cuando una de ellas es arbitrariamente escogida y la otra, por contraste, contiene las

²²En ese contexto, Wittgenstein se refiere al *Crátilo* y a su teoría de la semejanza de los signos con los significados como una «concepción mágica de los signos», frente a vínculos azarosos y a una concepción «lógica». Sin embargo, enseguida relativiza esta observación, afirmando que la idea de la semejanza no parece tan absurda para muchos usos del lenguaje (EM, pp.72-73). En el siguiente apartado identifica el significado de ciertas palabras y el de los gestos característicos asociados a ellas, como el significado de la negación y del gesto de mover la cabeza o «gesto de rechazo» (EM, p. 75), sugiriendo que ciertas palabras tienen significados directamente icónicos.

²³ En mi opinión, más allá de los objetivos de Wittgenstein, aunque manteniendo el recaudo de no hipostasiar significados, investigar su dimensión cognitiva o psicológica, contribuye a comprender mejor estos fenómenos.

²⁴ Palabras de diferentes categorías gramaticales, como conjunciones, sustantivos, adjetivos, verbos, incluso nombres propios, aún expresados mediante la misma palabra, pueden diferir en significado (OFP, I, 332 y 333; OFP, II 571; IF, II p. 491; OFP, I 328; OFP, I 359; IF, II p. 413 y p. 495). Wittgenstein se refiere además a vivencias «adjetivas» y «sustantivas» de las palabras, sugiriendo que el significado depende también del modo como experimentamos las palabras que lo expresan (OFP, I 876; UEFP 69).

palabras familiares de nuestra lengua: «Di ‘a b c d e’ y significa con ello: el tiempo está bueno» (OFP, II 259). Si las palabras fueran meros ropajes arbitrarios, este simple ejercicio de sustitución de la expresión verbal no generaría experiencias tan diferentes. Se manifiesta también en la «sensación de la palabra apropiada» o de la palabra «correcta» (OFP, II 264; UEFP 62), que acompaña al reconocimiento de una palabra buscada, aunque sin que sepamos por qué lo es (OFP, I 73) y que es descripto como el reconocimiento de «una diferencia estética sutil», que se irradia desde la palabra y se «ramifica» en el «campo de la palabra» (OFP, I 357; IF, II p. 501; OFP, I 362). Estas vivencias están directamente emparentadas con la de tener «la palabra en la punta de la lengua» (OFP, I 254; IF, II p. 501).

Por contraste, las experiencias de significado están del todo ausentes cuando hablamos de modo automático (OFP, II 250, 251, 252), leemos «sin pensar», escribimos «automáticamente» (OFP, II 262-267) o hablamos «como un papagayo» (IF, II p. 413); cuando nos enfrentamos a expresiones de una lengua completamente desconocida (EM pp. 35-36; GF 58); o cuando una palabra es repetida una y otra vez, hasta que pierde su significado y se convierte en un mero sonido (IF, II p. 491; OFP, II 464), provocando una especie de «anestesia lingüística» (ter Hark 2013). El caso extremo (e imaginario) es la «ceguera para el significado», la de un individuo o una comunidad que hubieran sido entrenados para hablar *sólo* de manera «inexpresiva y monótonamente» (y «para moverse de manera mecánica») (OFP, II 706). Este es, sin embargo, un «síndrome inventado» (ter Hark 2009) para identificar, por contraste, la dimensión experiencial de nuestro vínculo con el lenguaje. En efecto, aunque puede haber personas con un bajo grado de «sensibilidad semántica», sólo sería nula en el caso-límite de «personas *carentes de una lengua materna*» (Fermadois, 2009, p. 24; 2011).

En este contexto, Wittgenstein pone en boca de su interlocutor imaginario una pregunta que suena como una objeción: «¿Cómo puede ser esto así si el significado es el uso de la palabra?» A ella responde distinguiendo dos significados: el «originario» o habitual y el «empleo figurativo de una palabra» (que no se elige sino que se «impone» pero que puede entrar en conflicto con el uso originario (IF, II p. 493; ver también OFP, I 1061); o también un significado «primario» y otro «secundario» (IF, II p. 495). El contraste es claro: «El informe “La palabra... estaba repleta de su significado tiene un uso y consecuencias muy distintas a “Esto tenía el significado de...”» (UEFP 785). Mientras en el primer caso hay una consideración intransitiva de la palabra, y por lo tanto, tiene un sentido expresivo o enfático (cfr. CAM pp. 199 y ss.), en

la otra, al contrario, su uso es transitivo y requiere ser completada con una descripción o un contenido.

La expresión «empleo figurativo» o «uso secundario», cubre una amplia variedad de casos, como veremos más abajo, aunque en todos ellos alude a distintas cualidades icónicas: «...*si la oración me puede parecer como una pintura en palabras*, incluso cada una de las palabras en la oración *como una figura*, entonces ya no es de extrañar que una palabra, pronunciada aisladamente y sin propósito, parezca llevar en sí misma un determinado significado» (Yo subrayo) (OFP, II p. 493).

El significado secundario de las palabras familiares está además rodeado o acompañado por el «aroma de un significado» o por «una atmósfera: «*Es como si la palabra que entiendo tuviera un determinado y ligero aroma correspondiente a la comprensión*. Como si dos palabras que me son familiares no se distinguieran simplemente por su sonido o su apariencia, sino también, aun cuando no me imagine nada con ellas, *por una atmósfera*» (Yo subrayo) (OFP, I 243). La «atmósfera» que acompaña el empleo de ciertas palabras, es, por otra parte, una «atmósfera...*inseparable* de la cosa», porque esa experiencia asociada a la palabra lo está «íntimamente». A su vez, la atmósfera de una palabra es similar a la expresión con la que se canta una melodía o se toca una frase musical (IF, II p. 427), presente también en la lectura de un poema (IF, II p. 491). En más de una ocasión Wittgenstein compara las experiencias del significado con las de escuchar o ejecutar expresivamente una melodía (IF, II p. 481; y OFP II 466) y en general, la comprensión musical con la comprensión del lenguaje (Z 172; IF, I 527). Inversamente, alguien «ciego para la música» o quien sólo reconociera «la música de los relojes» sería comparable a un «ciego para los significados» (OFP, II 696) y a un ciego para los aspectos (IF, II p. 491).

El papel de las palabras en estas dos maneras de significar contrasta: «En el primer caso es el pensamiento de la proposición lo que es común a diversas proposiciones; en el segundo, se trata de algo que *sólo esas palabras, en esa posición, pueden expresar*. (Entender un poema)». (Yo subrayo) (IF, I 531). En un caso, el significado está “incorporado en (la) materialidad sonora o visual” de las palabras que lo expresan (Fermendois 2011, p. 220); en el otro, ese vínculo podría estar ausente y las palabras sólo servir de vehículos arbitrarios del pensamiento. Aunque dan cuenta de dos tipos bien diferenciados de uso, en el empleo cotidiano del lenguaje, por lo regular, se combinan, tanto en forma sucesiva como simultánea. Por lo tanto, «entender» un lenguaje conlleva ser capaz de tener ambos tipos de vínculos con las palabras (IF, I 532).

En el lenguaje hablado, así como en la ejecución musical y la expresión poética, la prosodia, es decir, la entonación, el ritmo o la inflexión en la pronunciación de las palabras, tiene un importante papel semántico: «En el lenguaje verbal hay un fuerte elemento musical. (Un suspiro, la entonación en una pregunta, en un anuncio, en la expresión de un deseo, todos esos innumerables gestos de la entonación)» (Z 161; OFP, I 888). Así: «... ¿puede haber algo más notable que el que el ritmo de la oración resulte de importancia para su comprensión exacta?» (OFP, I 1090; OFP, I 298), ¿o que la entonación no pueda ser separada de la oración (OFP, I 540) y que incluso resulte importante leer un poema en voz alta? (OFP, I 1059). Aunque «...también el lenguaje normal sirve a propósitos poéticos» (OFP, II 447, 448), el valor de estos elementos prosódicos y su íntima vinculación con otros aspectos icónicos y multimodales, es más evidente en la poesía o en la música que en los usos corrientes del lenguaje:

Cuando leo con sentimiento un poema, una narración, ocurre sin duda algo en mí que no ocurre cuando sólo leo el texto por encima en busca de información- ...Las oraciones *suenan* distintas. Pongo mucha atención en la entonación. A veces, una palabra está mal entonada, se oye demasiado o demasiado poco. Lo noto y mi rostro lo expresa...*A veces se me ocurre una imagen, casi como una ilustración.* También puedo darle a una palabra una entonación que haga resaltar su significado de entre los demás, *casi como si la palabra fuera una figura de la cosa...* (Yo subrayo) (IF, II p. 491).

Estas dimensiones experienciales, que confieren rasgos icónicos a las palabras, se observan también en el uso de los nombres propios, puesto que, más allá de su empleo como expresiones referenciales singulares, algunos parecen poseer además un “rostro” o tener una «fisonomía»²⁵, es decir, un «carácter»: ...recuerda la manera en que *los nombres de poetas y de compositores famosos parecen haber desarrollado en sí un significado propio.* Es precisamente de esta manera como uno puede decir: los nombres “Beethoven” y “Mozart” no sólo suenan diferente, sino que van también acompañados de otro *carácter...*». (Yo subrayo) (OFP, I 243). Ese «carácter» podría ser expresado tanto por el nombre propio como por un retrato de la persona o por sus obras. Aquí todo parece «armonizar

²⁵ La noción de fisonomía se aplica tanto a la visión de aspectos (cfr. IF, II p. 483) como a la de significados: «El significado, una fisonomía» (IF, I 568). En otro trabajo me ocupo de explorar las vinculaciones entre la percepción de rasgos fisonómicos de las palabras familiares en Wittgenstein y las importantes semejanzas entre el procesamiento de rostros y el de palabras puestas de relieve por diversos estudios cognitivos recientes (cfr. Martelli et al. 2005).

recíprocamente, por ejemplo, el nombre de una persona con su aspecto, su firma y sus obras. Wittgenstein propone el experimento mental de imaginar un cuadro de Goethe (en vez de Beethoven) escribiendo la 9ª Sinfonía: «En ese caso, yo no sabría imaginarme nada que no resultara extremadamente inadecuado y ridículo. (OFP, I 337; IF, II p. 427). Sin embargo, otro tipo de palabras también pueden tener «un rostro familiar», porque todas las palabras que entendemos tienen una «fisonomía»²⁶ (aunque pueda no ser siempre la misma): «...uno quisiera decir: *toda palabra* puede ciertamente tener un carácter diferente en diferentes contextos, pero *tiene siempre un carácter, un rostro. Nos mira.* –(Yo subrayo) (OFP, I 322). «¿Es entonces cierto que cualquiera que entienda nuestro lenguaje estaría inclinado a decir que *cada palabra tiene un rostro?*» (Yo subrayo) (OFP, I 323). Esta dimensión fisonómica de las palabras de la propia lengua genera en ocasiones sentimientos de apego y cuidado por las palabras, por ciertas palabras:

El rostro familiar de una palabra, la sensación de que recogió en sí su significado, de que es el retrato vivo de su significado—podría haber seres humanos a quienes todo eso fuera ajeno. (Les faltaría el cariño por sus palabras)... -¿Y cómo se manifiestan estos sentimientos entre nosotros? -En que escogemos y valoramos las palabras. (Yo subrayo) (IF, II p. 499; OFI, I 6)

El rostro familiar de las palabras de la lengua materna («las palabras... nos resultan inmensamente bien conocidas, igual que caras bien conocidas» (IF, I 167), se expresa en los vínculos de intimidad e incluso identidad que generan las palabras del idioma conocido (Fernandois 2009, 2011), experiencias que son difíciles de adquirir en otra lengua. Estos se manifiestan especialmente en los usos expresivos del lenguaje, por ejemplo, las bromas, el lenguaje amoroso, las confesiones, las expresiones verbales de deseos, las palabras pronunciadas con respeto, o vergüenza, con énfasis o sin control, etc.²⁷

Las experiencias de «armonía»²⁸ del nombre propio con el referente son

²⁶ Este rasgo parece abarcar también a algunas letras: «un rostro se asocia con una letra» (OFP, I 541, 542), o algunas grafías de ellas.

²⁷ Los usos expresivos del lenguaje incluyen los juegos de palabras o las bromas (UEFP 711); los usos amorosos del lenguaje (UEPF 712); el sentimiento con el que expresamos un deseo (IF, I 546); el uso no controlado de ciertas palabras (IF, I 546), o el fenómeno opuesto, cuando nos resulta difícil proferir ciertas palabras, (IF, I 643), o cuando las pronunciamos con respeto (OFP, I 341), o las subrayamos: «las coloco en un pedestal» (OFP, I 1059).

²⁸ Wittgenstein emplea diferentes conceptos para referirse a estos vínculos, como, por ejemplo: ‘conectar’, ‘acoplar’, ‘encajar’, o ‘concordancia’, ‘adecuación’, etc.

claramente icónicas: «Siento como si el nombre ‘Schubert’ concordara con las obras de Schubert y con su rostro» (IF, II p. 493). Eso explica que firma de una persona pueda ser tan expresiva como su rostro: «La firma de Goethe me resulta goethiana. En esa medida es como un rostro, pues lo mismo podría yo decir del rostro de Goethe. Es como un *reflejo...*» (OFP, I 336). Se trata, incluso, de relaciones más robustas que las meras asociaciones²⁹:

¿O *identifico* la firma con la persona, al observar con gusto la firma de una persona querida, por ejemplo, o al enmarcar la firma de una persona admirada y colocarla sobre mi escritorio? (Magia que se logra con figuras, cabellos, etc.)” (Yo subrayo). (OFP, I 336)

Su nombre parece ser adecuado a sus obras. -¿Cómo es que ese nombre parece ser adecuado? ... Es como si el nombre constituyera con estas obras un todo sólido. Si lo vemos, las obras nos vienen a la mente; y si pensamos en las obras, también el nombre nos viene a la mente. Pronunciamos el nombre con respeto. El nombre se convierte en un gesto... (Yo subrayo) (OFP, I 341)

Otro caso en el que palabras y las imágenes se asemejan, se puede reconocer en nuestro vínculo con los refranes: «Debes pensar en el papel que juegan en nuestra vida *las figuras como las que aparecen en cuadros* (por oposición a los esquemas de trabajo)... *A veces colgamos refranes en la pared. Pero no teoremas de la mecánica. (Nuestra relación con ambas cosas)*». (Yo subrayo) (IF, II pg. 471; UEFP 653)³⁰.

Como se advierte, para Wittgenstein las semejanzas entre la comprensión de palabras e imágenes, o, más precisamente, entre la visión aspectual de imágenes y la experiencia con las palabras (UEFP 650, 651), explica que tengamos «...la sensación de que (una palabra) *recogió en sí su significado, de que es el retrato vivo de su significado...*» (IF II, p.499). Además, ese vínculo experiencial no es elegido, sino que se «impone», en tanto refleja una profunda tendencia o inclinación

²⁹ Véase OFP, I 356.

³⁰ Esta observación de Wittgenstein (y algunas otras sobre las expresiones idiomáticas, como en OFP, I 353-354; 1078), podría parecer desconcertante o incluso irrelevante. Sin embargo, los refranes, como los slogans y las expresiones idiomáticas, son parte del así llamado «lenguaje de fórmulas lingüísticas», expresiones más o menos fijas o ‘congeladas’, que tienen funciones discursivas específicas como totalidades, son semántica y/o sintácticamente opacas y ejemplifican el rasgo opuesto a la productividad o la creatividad lingüística (Wray y Perkins 2000). Además ponen de manifiesto los vínculos de familiaridad con la propia lengua que presupone su comprensión. Su importancia relativa en el uso cotidiano, que interesaba a Wittgenstein, ha despertado también interés en la lingüística cognitiva reciente.

natural (OFP, I 323, 324). Esta tendencia no sólo se manifiesta de manera pre-verbal, mediante reacciones o gestos, sino también mediante el uso de ciertas palabras: «La reacción primitiva pudo ser una mirada, un gesto, pero también una palabra» (IF, II p.499; véase también IF, I 244). En ese sentido, el componente experiencial de ciertas palabras las convierte en una parte constitutiva de la vivencia misma y no meramente en su expresión simbólica y arbitraria: «Esta expresión forma parte de la vivencia, de la misma manera que la expresión primitiva del dolor forma parte del dolor» (OFP, II 574).

Wittgenstein bosqueja, además, una «fenomenología de la lectura» en la que también reconoce las propiedades icónicas de los signos escritos. En primer lugar, «...la figura visual de la palabra nos es familiar en grado semejante a su figura sonora» (IF, I 167), lo que explica que sea diferente el «influjo» que ejercen «garabatos arbitrarios» en contraste con las letras o palabras conocidas: «...el ojo se desliza sobre una línea impresa de modo diferente que sobre una serie de garabatos y arabescos arbitrarios... con particular falta de resistencia...» (IF, I 168). Esta observación refuerza la importancia de la familiaridad con los signos escritos de la propia lengua, y por lo tanto, las diferentes vivencias del lector principiante y el lector diestro (IF, I 156), y señala, además, el contraste con las experiencias visuales de signos que no son palabras, o que son palabras de una lengua desconocida. Pero también la lectura nos hace experimentar la conexión del signo escrito con el hablado: «...siento al leer un cierto *influjo* de las letras sobre mí» (IF, I 167), o un «sentimiento» del «mecanismo de conexión» entre la «figura de la palabra y el sonido que pronunciamos... por así decirlo, siento el movimiento de la palanca que conecta la vista de las letras con el discurso» (IF, I 170), «lo escrito me *inspira* el sonido» (IF, I 171). Wittgenstein señala que el lenguaje oral y el escrito se conectan experiencialmente: cuando tenemos la «vivencia al leer una palabra», experimentamos que «letra y sonido forman una *unidad* – una especie de aleación...» (IF, I 171). Por su parte, los rasgos icónicos de la experiencia con las palabras escritas se manifiestan de diversas formas. Por ejemplo, en la caracterización del trazo de palabras manuscritas mediante diversos predicados psicológicos, como «torpe», «audaz» o «enérgico» (OFP, II 355), o en la diferente percepción de las palabras escritas con un trazo normal a aquellas escritas con una grafía infantil o alambicada (IF, II, p. 481; UEFP 706); OFP, II 458)³¹, o más dramáticamente, en la diferente experiencia de la «figura» de una

³¹ «Esta escritura me es antipática» (OFP, I 544), refiere a una experiencia que sólo es posible para alguien que «ya ha reflexionado ampliamente sobre una escritura», es decir, que tiene una experiencia

palabra escrita en forma correcta y de la misma palabra, pero con sus trazos dispuestos de manera invertida (IF, II p. 457)³². Los lectores tenemos, además, diferentes percepciones y sensibilidad por los rasgos ortográficos de la escritura³³. Como señalábamos arriba, ciertos textos requieren una lectura expresiva, una entonación y modulación adecuadas, incluso la lectura en voz alta, todos fenómenos que dan cuenta de distintas experiencias secundarias con las palabras escritas. Las observaciones de Wittgenstein sobre los fenómenos experienciales de la lectura y los rasgos icónicos de la escritura involucrados en ellos están virtualmente ausentes en la literatura especializada.

Veamos ahora cómo plantea Wittgenstein la cuestión de la sinestesia lingüística. El fenómeno es identificado como parte de la experiencia ordinaria con letras y palabras. Por ejemplo: «¿Qué color tiene para ti la vocal *a*?» Si alguien no la entendiera... ¿no podríamos decir que no entiende español o que no entiende el significado de las palabras “color”, “vocal”, etcétera?...» (OFP, II 548). La respuesta, como señalábamos arriba, es que la expresión verbal de una experiencia de color forma parte de la vivencia, es decir, no se trata de una metáfora o una analogía externa (OFP, II 574; IF, II p. 465 y p. 495). Letras y palabras pueden generar distintas experiencias sinestésicas, por ejemplo, percibimos rasgos fisonómicos y expresiones emocionales en ellas: «Siempre he visto esta letra con un rostro melancólico» (OFP, I 526), o podemos ver la semejanza entre la forma de una letra y un rostro: «Si comparas una “F” con el perfil de un rostro, ¿en qué dirección mira el rostro?» (OFP, II 548). Este punto nos lleva nuevamente a los significados secundarios. Wittgenstein identifica las experiencias sinestésicas que correlacionan los nombres de los días de la

secundaria de las palabras escritas, del mismo modo que «sentir como algo *vulgar* una pronunciación» (OFP, I 543) sólo es posible para quien ya está habituado al sonido de las palabras de su lengua y tiene, por lo tanto, una experiencia secundaria de ella.

³² Estos casos son análogos a la visión aspectual y al reconocimiento de la expresión facial, y difieren del mismo modo en el caso de figuras o rostros invertidos: «Mira el dibujo de un rostro al revés y no podrás reconocer la expresión del rostro. Quizás puedas ver que sonríe, pero no *cómo* sonríe exactamente». (IF, II p. 455-57). Se ha denominado «efecto de inversión» al impacto negativo en la capacidad para el reconocimiento de rostros, palabras y ciertos objetos, cuando éstos se presentan invertidos. Abundante literatura neurocientífica se ocupa de éste y otros efectos similares, comunes a la percepción de rostros y de palabras. (Cfr. Richler et al 2011; Kao et al 2010).

³³ «Personas diferentes tienen una sensibilidad muy diferente respecto a las modificaciones de la ortografía de una palabra... Si para alguien la ortografía es una mera cuestión práctica, el sentimiento que le falta no es diferente al que le faltaría a una persona “ciega para el significado”...» (Z 184; OFP, II 572; OFP, I 1087).

semana con cualidades físicas de la figura humana, como «magro» y «graso»: «... ¿estarías más dispuesto a decir que el miércoles es graso y el martes más bien magro, o bien a la inversa?» Y responde con seguridad que afirmaría lo primero, reflejando así una fuerte inclinación que persistiría independientemente de cualquier explicación sobre sus fundamentos psicológicos («*Podrían ser asociaciones provenientes de mi infancia*») (IF, II p. 495). Este empleo no opcional de los adjetivos mencionados, o la experiencia de ver a las vocales coloreadas, por ejemplo, a la (e) amarilla (IF, II p. 495) (de modo similar para las representaciones pictóricas, representar la alegría por medio de «un rostro bañado en luz» (OFP, I 853) o la aflicción con el color gris plomo (OFP, I 854)), no son modos indirectos o metafóricos de expresión lingüística (o pictórica), sino que «recogemos esta forma de expresión de aquel otro juego de lenguaje» (IF, II p. 495; OFP, I 926), con su significado primario o «normal» y la empleamos en otro diferente. El significado secundario de esas palabras es ‘traslaticio’ porque es una nueva aplicación de las mismas palabras, con sus significados originarios, pero en otro juego de lenguaje o en «circunstancias nuevas» (UEFP 797, 798). Se trata, claramente, de casos de simbolismo sonoro sinestésico como los que describe la literatura: grafema-color, léxico-gustativa, de personificación ordinal lingüística.

En suma, Wittgenstein identificó un amplio espectro de tipos de simbolismo sonoro, desde los que se manifiestan de modo pre-verbal y espontáneo, como en los gestos y las vocalizaciones no verbales³⁴, hasta las variantes lingüísticas de sinestesia, débil y fuerte, en sus diferentes combinaciones (perceptual, cognitiva y afectiva). Con el objeto de enfatizar su importancia en nuestro uso del lenguaje, contrastó nuestras experiencias con el caso de hipotéticas personas para quienes cualquier palabra sería indiferente, o, dicho de otra forma, con un lenguaje «en cuyo empleo el ‘alma’ de las palabras no jugara ningún papel. En el que...no nos importara sustituir una palabra cualquiera por otra *inventada libremente*» (Yo subrayo) (IF, I 530). De ese modo, mostró que la completa «ceguera para el significado» sólo podría generar relaciones anómalas o «inhumanas» con el lenguaje, y que, por lo tanto, sólo se trata de un caso-límite. En ese mismo sentido, señaló la ubicuidad de las experiencias de significado en el uso cotidiano del lenguaje, junto al significado primario, sin confinar este

³⁴ No me he referido en este trabajo al carácter icónico-expresivo de los gestos en la comunicación verbal y no verbal en los escritos de Wittgenstein, porque nuestro interés ha estado orientado a la iconicidad en el lenguaje verbal. Sin embargo, es indudable la importancia de los gestos para una adecuada caracterización del lenguaje como un sistema multimodal, semióticamente heterogéneo.

fenómeno a unas pocas palabras o expresiones. No obstante, identificó su papel predominante o excluyente en el caso de distintos usos «intransitivos» o «expresivos», cotidianos o no cotidianos, donde las palabras no son meros rótulos arbitrarios de lo que con ellas se significa sino que, en diversos grados y modalidades, «imitan» o reflejan su significado. Como vimos también, las experiencias en las que consisten los significados secundarios abarcan variados rasgos icónicos, desde los más directos y transparentes hasta los más abstractos y complejos. Por lo tanto, la materialidad sonora o visual de las palabras ya no es neutral o indiferente: las palabras tienen un rostro y un carácter, es decir, una fisonomía. Este fenómeno explica el que su reconocimiento pueda asemejarse al reconocimiento de emociones en la expresión facial: están «llenas» de su significado como lo está la sonrisa en el rostro alegre.

Sin embargo, se podrían interpretar estos textos o bien como si describieran experiencias demasiado idiosincráticas y/o escasamente elaboradas, sin mayor interés teórico, o bien como si sólo identificaran algunos fenómenos muy específicos o acotados, de carácter estético. Como he intentado mostrar, por el contrario, Wittgenstein relacionó la experiencia con las palabras con una inclinación humana muy profunda, que mantiene al lenguaje verbal ligado a sus orígenes expresivos naturales y en el que la percepción auditiva y visual de las palabras, y otras sensaciones y estados ligados a ellas, desempeñan un papel semántico adicional. Por último, es claro que Wittgenstein no estaba interesado en identificar rasgos comunes a todas las lenguas naturales ni procesos cognitivos o psicológicos subyacentes en los hablantes, así como tampoco apoyó sus observaciones en conjeturas que deberían ser probadas por los lingüistas y los psicólogos. Nada de eso estoy sugiriendo aquí. No obstante, su intento de comprender las variadas experiencias de los hablantes con las palabras es revelador de una dimensión semántica importante de los usos lingüísticos, la que, además, arroja una luz fenomenológica sobre aquellos. Dado el objetivo general de este trabajo, sólo he podido mostrar de qué modo cada uno de los rasgos semánticos identificados bajo el concepto de «experiencia del significado» integran una concepción todavía inexplorada pero coherente con la noción del significado como uso. Sin embargo, cada uno de ellos merecería una investigación más detallada y profunda que esperamos poder realizar en el futuro.

Como sabemos, las ideas de Wittgenstein sobre los aspectos icónicos del lenguaje tuvieron una expresión explícita y temprana en el enfoque semántico-formal del *Tractatus*, que podría caracterizarse como la propuesta de una concepción icónica o “figurativa”, aunque abstracta, de la relación entre

proposiciones y estados de cosas. La dramática modificación de su visión sobre el lenguaje hizo emerger la dimensión icónico-experiencial de los vínculos entre las palabras y su uso. Wittgenstein atribuyó entonces a las expresiones lingüísticas rasgos similares a dibujos, diagramas, cuadros, rostros, gestos, en tanto se vinculan con su uso de maneras icónicas y multimodales similares. Y expresó esta asimilación sin metáforas: «*lo que yo veo es precisamente un significado*» (Yo subrayo) (OFP, I 869). Por todo lo cual, aunque el lenguaje puede ser visto como una caja de herramientas (IF I 11) y en conjunto como un instrumento para una variedad de propósitos, no cualquier herramienta (concepto o palabra) sirve del mismo modo (IF I, 569). Como he mostrado, además de su funcionalidad, los conceptos y las palabras están vinculados a un sinnúmero de experiencias de distintos tipos y grados de iconicidad. Por lo tanto, aunque «el substrato de esta vivencia es el dominio de una técnica» (IF, II p. 479), la vivencia caracteriza nuestro vínculo con las palabras de un modo tan íntimo como puede hacerlo una reacción corporal o un gesto. Por último, si bien está fuera de discusión que las investigaciones wittgensteineanas posteriores al *Tractatus* están enfocadas en describir «...el aparato de nuestro lenguaje corriente...» (IF, I 494), no han sido evidentes para los intérpretes las dimensiones multimodales y corporeizadas del significado, ni, por lo tanto, el modo como ellas favorecen una concepción no enteramente arbitraria de los signos lingüísticos.

§5. Reflexiones finales

Se ha afirmado que los paradigmas y las líneas de investigación preponderantes en la filosofía del lenguaje y la lingüística en el siglo XX han generado las versiones más sofisticadas de «iconofobia» (e «iconoclastia») en el estudio del lenguaje humano (Nöth 2015). Esta situación está revirtiéndose en algunos enfoques y áreas de la lingüística, pero ello no sucede aún en la filosofía del lenguaje. Quizás una mayor confluencia entre ambas disciplinas, más precisamente, entre la lingüística cognitiva, en su vertiente no ortodoxa, y la filosofía analítica del lenguaje, en su vertiente no semántico-formal clásica, pueda contribuir en esa dirección. En este trabajo espero haber mostrado que los escritos de Wittgenstein alientan un enfoque multimodal del lenguaje, incorporando una variedad de rasgos icónicos a la «fenomenología del significado», y que, en ese sentido, contienen un poderoso estímulo para la convergencia señalada.

Por otra parte, en lo referido a la cuestión teórica examinada, aunque el

balance entre arbitrariedad e iconicidad es actualmente un camino abierto para la investigación empírica, parece razonable la sugerencia general que una «síntesis dialéctica» (Monaghan et al. 2014) o una «división del trabajo» (Christiansen y Monaghan 2015) entre ambas propiedades de los signos sería la mejor respuesta a las alternativas aparentemente abiertas que dejó expuestas Platón en los inicios históricos de la reflexión sistemática sobre el lenguaje. Una conclusión que Peirce, probablemente, aprobaría.

REFERENCIAS

- AKITA, Kimi (2013). «The lexical iconicity hierarchy and its grammatical correlates». En: *Iconic Investigations*, editado por Lars Elleström, Olga Fisher y Christina Ljungberg. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamin Publishing, pp. 331-349.
- BANKIERIS, Kaytlin y SIMNER, Julia (2014). «Sound-symbolism in synaesthesia: Evidence from a lexical-gustatory synesthete». *Neurocase* 20, no. 6: pp. 640-651. DOI: 10.1080/13554794.2013.826693
- BANKIERIS, Kaytlin y SIMNER, Julia (2015). «What is the link between synaesthesia and sound symbolism?». *Cognition* 136: pp. 186-195. DOI: 10.1016/j.cognition.2014.11.013
- BERLIN, Brent (1994). «Evidence for pervasive synesthetic sound symbolism in ethnozoological nomenclature». En: *Sound Symbolism*, editado por Leanne Hinton, Johanna Nichols, John J. Ohala. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 76-93.
- BLASI, Damián E., WICHMANN, Soren, HAMMARSTRÖM, Harald, STADLER, Peter F. y CHRISTIANSEN, Morten H. (2016). «Sound-meaning association biases evidenced across thousands of languages». *PNAS*: pp. 10818-10823. DOI: 10.1073/pnas.1605782113
- BOLINGER, D. (1985). «The inherent iconism of intonation». En: *Iconicity in Syntax, Proceedings of a Symposium on Iconicity in Syntax*, editado por J. Haiman. Stanford: Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing, pp. 97-108.
- BORGES, Jorge Luis (1974). *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Ed.
- CHOMSKY, Noam (1957). *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton Publishers.
- CHOMSKY, Noam (1959). «A Review of B. F. Skinner's Verbal Behavior». *Language* 35: pp. 26-58. DOI: 10.2307/411334
- CHRISTIANSEN, Morten H. y MONAGHAN, Padraic (2015). «Division of Labor in Vocabulary Structure: Insight of Corpus Analyses». *Topics in Cognitive Science* 8, no. 3: pp. 610-24. DOI: 10.1111/tops.12164
- DE SAUSSURE, Ferdinand (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Ed. Losada, 1945.
- DINGEMANSE, Mark, BLASI, Damián E., LUPYAN, Gary, CHRISTIANSEN, Morten H. y MONAGHAN, Padraic (2015). «Arbitrariness, Iconicity, and Systematicity in Language». *Trends in Cognitive Science* 19, no. 10: pp. 603-615. DOI: 10.1016/j.tics.2015.07.013

- DINGEMANSE, Mark, SCHUERMAN, Will, REINISCH, Eva, TUFVESSON, Sylvia y MITTERER, Holger (2016). «What sound symbolism can and cannot do: Testing the iconicity of ideophones from five languages». *Language* 92, no. 2: pp. 117-133. DOI: 10.1353/lan.2016.0034
- EAGLEMAN, David (2012). «Synaesthesia in its Protean Guises». *British Journal of Psychology* 103: pp. 16-19. DOI: 10.1111/j.2044-8295.2011.02020.x
- EVANS, Nicholas y LEVINSON, Stephen C. (2009). «The myth of language universals: language diversity and its importance for cognitive science». *Behavioral and Brain Sciences* 32: pp. 429-492. DOI: 10.1017/S0140525X0999094X
- FERMANDOIS, Eduardo (2009). «Imagen, Aspecto y Emoción: Apuntes para una Fenomenología de la Metáfora». *Ideas y Valores* 140: pp. 5-31.
- FERMANDOIS, Eduardo (2011). «Vivencia de palabras, significado secundario y poesía. Sobre la idea de un lenguaje propiamente humano en Wittgenstein». *Aisthesis* 49: pp. 217-229. DOI: 10.4067/S0718-71812011000100014
- FIRTH, John R. (1930). *Speech*. London: Ernest Benn.
- FISHER, Andreas (1999). «What, if anything, is phonological iconicity?». En: *Form Miming Meaning: Iconicity in Language and Literature*, editado por Max Nänny y Olga Fisher. Philadelphia: John Benjamins Publishing, pp. 123-133. DOI: 10.1075/ill.1.12fis
- FISHER, Olga y NÄNNY, Max (1999). «Introduction: Iconicity as a creative force in linguistic use». En: *Form Miming Meaning: Iconicity in Language and Literature*, editado por Max Nänny y Olga Fisher. Philadelphia: John Benjamins Publishing, xv-xxxvi. DOI: 10.1075/ill.1.04fis
- GOLDIN-MEADOW, Susan (2014). «Widening the lens: what the manual modality reveals about language, learning and cognition». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369, no. 1651: 20130295. DOI: 10.1098/rstb.2013.0295
- GOLDSTEIN, Laurence (2004). «What does “Experiencing Meaning” Mean?». En: *The Third Wittgenstein*, editado por Daniele Moyal-Sharrock. Ashgate Wittgenstein Studies, London: Ashgate Publ. Co., pp. 107-123.
- HINTON, Leanne, NICHOLS, Johanna y OHALA, John J. (1994). «Introduction: sound-symbolic processes». En: *Sound Symbolism*, editado por Leanne Hinton, Johanna Nichols, John J. Ohala. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-14.
- HOCKETT, Charles F. (1960). «The Origin of Speech». *Scientific American* 203: pp. 88-96. DOI: 10.1038/scientificamerican0960-88

- JACKENDOFF, Ray (2003). «Précis of Foundations of Language: Brain, Meaning, Grammar, Evolution». *Behavioral and Brain Sciences* 26: pp. 651-707. DOI: 10.1017/S0140525X03000153
- JAKOBSON, Roman (1965). «Quest for the Essence of Language». En: *Selected Writings II, Word and Language*. The Hague: Mouton, pp. 345-59 1971.
- JESPERSEN, Otto (1921). *Language: Its Nature, Development and Origin*. London: George Allen & Unwin Ltd.
- KAO, Chien-Hui, CHEN, Der-Yow y CHEN, Chien-Chun (2010). «The inversion effect in visual word form processing». *Cortex*, 46: pp. 217-230. DOI: 10.1016/j.cortex.2009.04.003
- KENDON, Adam (2014). «Semiotic diversity in utterance production and the concept of ‘language’». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369, no. 1651: 20130293. DOI: 10.1098/rstb.2013.0293.
- KÖHLER, Wolfgang (1929). *Gestalt Psychology*. New York: Liveright.
- KORTA, Kepa (2002). «Hacer Filosofía del Lenguaje». *Revista de Filosofía* 27, no. 2: pp. 337-359.
- KWON, Nahyun y ROUND, Erich (2015). «Phonesthemes in Morphological Theory». *Morphology* 25, no. 1: pp. 1-27. DOI: 10.1007/s11525-014-9250-z
- LEVINSON, Stephen C. y HOLLER, Judith (2014). «The origin of human multimodal communication». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369, no. 1651: 20130302. DOI: 10.1098/rstb.2013.0302
- MARKS, Larry E. (2011). «Synaesthesia, Then and Now». *Intellectica* 1, no. 55: pp. 47-80.
- MARTINO, Gail y MARKS, Larry E. (2001). «Synaesthesia: Strong and Weak». *Current Directions in Psychological Science* 10, no. 2: pp. 61-65. DOI: 10.1111/1467-8721.00116
- MONAGHAN, Padraic, SHILLCOCK, Richard C., CHRISTIANSEN, Morten H. y KIRBY, Simon (2014). «How arbitrary is language?». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369: 20130299. DOI: 10.1098/rstb.2013.0299
- MONCK, Ray (2014). «The Temptations of Phenomenology: Wittgenstein, the Synthetic A Priori and “the Analytic a Posteriori”». *International Journal of Philosophical Studies* 22, no. 3: pp. 312-340. DOI: 10.1080/09672559.2014.913884
- NÄNNY, Max (1999). «Alphabetic Letters as Icons in Literary Texts». En: *Form Miming Meaning: Iconicity in Language and Literature*, editado por Max Nänny y

- Olga Fisher. Philadelphia: John Benjamins Publishing, pp. 173-198. DOI: 10.1075/ill.1.16nan
- NEWMAYER, Frederick J. (1992). «Iconicity and generative grammar». *Language* 68: pp. 756-96. DOI: 10.1353/lan.1992.0047
- NÖTH, Winfried (2001). «Semiotics Foundations of Iconicity in Language and Literature». En: *The Motivated Sign: Iconicity on Language and Literature 2*, editado por Olga Fisher y Max Nänny. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing, pp. 17-28.
- NÖTH, Winfried (2015). «Three paradigms of iconicity research on language and literature». En: *Iconicity. East Meets West*, editado por K. Hiraga Masako, William J. Herlofsky, Kasuko Shinoara y Kimi Akita. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamin Publishing, pp. 13-34. DOI: 10.1075/ill.2.05not
- OHALA, John J. (1994). «The frequency code underlies the sound-symbolic use of voice pitch». En: *Sound Symbolism*, editado por Leanne Hinton, Johanna Nichols y John J. Ohala. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 325-347.
- PEIRCE, Charles S. (1965). *El hombre, un signo*. Barcelona: Ed. Crítica, 1988.
- PEIRCE, Charles S. (1931-58). *Collected Papers*. Cambridge Mass: Harvard University Press, 1974.
- PERNISS, Pamela, THOMPSON, Robin L. y VIGLIOCCO, Gabriella (2010). «Iconicity as a general property of language: Evidence from spoken and signed languages». *Frontiers in Psychology* 1: 227. DOI: 10.3389/fpsyg.2010.00227
- PERNISS, Pamela y VIGLIOCCO, Gabriella (2014). «The bridge of iconicity: From a world of experience to the experience of language». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369, no. 1651: 20130300. DOI: 10.1098/rstb.2013.0300
- PLATÓN. *Crátilo*. Madrid: Ed. Gredos, 2003.
- RAMACHANDRAN, Vilayanur S. y HUBBARD, Edward M. (2001). «Synaesthesia – A Window into Perception, Thought and Language». *Journal of Consciousness Studies* 8, no. 12: pp. 3-34.
- RICHLER, Jenifer J., MARCK, Michael L., PALMERI, T Thomas J. y GUATHIER, Isabel (2011). «Inverted faces are (eventually) processed holistically». *Vision Research* 51, no. 3: pp. 333-342. DOI: 10.1016/j.visres.2010.11.014
- SAPIR, Edward (1929). «A study in phonetic symbolism». *Journal of Experimental Psychology* 121: pp. 225-39. DOI: 10.1037/h0070931
- SIMNER, Julia y WARD, Jamie (2006). «The taste of words on the tip of the

- tongue». *Nature* 444, no. 7118: p. 438. DOI: 10.1038/444438a
- SIMNER, Julia (2007). «Synesthesia as a psycholinguistic phenomenon». *Trends in Cognitive Science* 11, no. 1: pp. 23-29. DOI: 10.1016/j.tics.2006.10.010
- SIMNER, Julia y HOLENSTEIN, Emma (2007). «Ordinal Linguistic Personification as a Variant of Synesthesia». *Journal of Cognitive Neuroscience* 19, no. 4: pp. 694-703. DOI: 10.1162/jocn.2007.19.4.694
- SIMNER, Julia y HUBBARD, Edward M. (2013). «Overview of Terminology and Findings». En: *Oxford Handbook of Synaesthesia*. Oxford: Oxford University Press, xix-xxvi. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199603329.001.0001
- SMILEK, Daniel, MALCOLMSON, Kelly A., CARRIERE, Jonathan S., ELLER, Meghan, KWAN, Donna y REYNOLDS, Michael (2007). «When '3' is a jerk and 'E' is a king: personifying inanimate objects in synesthesia». *Journal of Cognitive Neuroscience* 19, no. 6: pp. 981-992. DOI: 10.1162/jocn.2007.19.6.981
- TER HARK, Michel (2009). «Coloured Vowels: Wittgenstein on Synaesthesia and Secondary Meaning». *Philosophia* 37: pp. 589-604. DOI: 10.1007/s11406-009-9194-4
- TER HARK, Michel (2010). «Experience of Meaning, Secondary Use and Aesthetics». *Philosophical Investigations* 33, no. 2: pp. 142-158. DOI: 10.1111/j.1467-9205.2010.01405.x
- TER HARK, Michel (2011). «Wittgenstein on the Experience of Meaning and Secondary Use». En: *The Oxford Handbook of Wittgenstein*, editado por Kuusela, O. y McGinn, M. Oxford: Oxford University Press, pp. 497-518.
- TER HARK, Michel (2013). «Wittgenstein on the Experience of Meaning: Historical and Contemporary Perspectives». *Philosophy Study* 3, no. 10: pp. 974-981.
- TOMASELLO, Michael (2003). *Constructing a Language: A usage-based theory of language acquisition*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- TOMASELLO, Michael (2008). *Los orígenes de la comunicación humana*. Buenos Aires: Katz.
- TYLER, Andrea (2010). «Usage-Based Approaches to Language and their Application to Second Language Learning». *Annual Review of Applied Linguistics* 30: pp. 270-291. DOI: 10.1017/S0267190510000140
- VIGLIOCCO, Gabriella, PERNISS, Pamela y VINSON, David (2014). «Language as a multimodal phenomenon: implications for language learning, processing and evolution». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 369, no. 1758:

20130292. DOI: 10.1098/rstb.2013.0292

WITTGENSTEIN, Ludwig (1953). *Investigaciones Filosóficas*. México: UNAM, 1988.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1958). *Los Cuadernos Azul y Marrón*. Madrid: Ed. Tecnos, 1984.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1969). *Gramática Filosófica*. México: UNAM, 2007.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1980). *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*. Vol. I y II, México: UNAM, 1997.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1967). *Zettel*. México: UNAM, 1985.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1982). *Últimos Escritos sobre Filosofía de la Psicología*. Madrid: Ed. Tecnos, 1987.

WITTGENSTEIN, Ludwig (2005). *Escrito a Máquina*. Madrid: Ed. Trotta, 2014.

WRAY, Alison y PERKINS, Michael R. (2000). «The functions of formulaic language: an integrated model». *Language and Communication* 20: pp. 1-28. DOI: 10.1016/S0271-5309(99)00015-4



CAROLINA SCOTTO, es Profesora Titular Regular de Filosofía del Lenguaje, Universidad Nacional de Córdoba e Investigadora del CONICET, Instituto de Humanidades, UNC-CONICET, Argentina. Doctora en Filosofía (PhD) por la Universidad Nacional de Córdoba, especialista en filosofía de la mente y del lenguaje. Ha publicado artículos sobre atribución intencional, psicología de sentido común, empatía, cognición social y pensamiento animal, y sobre distintos aspectos de la filosofía de la mente y del lenguaje del segundo Wittgenstein. Ha sido Decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, entre 1999 y 2005 y Rectora de la UNC, entre 2007 y 2013.

DIRECCIÓN POSTAL: Pabellón Agustín Tosco, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Ciudad Universitaria, 5000, Córdoba, Argentina. e-mail (✉): carolinascotto@gmail.com

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO: SCOTTO, Carolina. «Wittgenstein: iconicidad en el lenguaje y “experiencia del significado”». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 6, no. 7 (2017): pp. 423–457.